

## El ayer de García Pavón

La novela de introspección sobre vivencias de la infancia es un gran género literario universal, que precisamente en España se cultiva muy intensamente. ¿Por qué en España? Cabría suponer que forma parte de esa busca de identificación de sí mismo que es empeño del intelectual español. Arrebatado en su edad adulta y reflexiva por una incomodidad de ser, por un desajuste con la realidad, trataría de inspeccionar sus comienzos, su fundación como persona: la infancia y las circunstancias que la rodearon. En muchos de los escritores españoles que tienen ahora una determinada edad, la infancia está situada en la guerra civil o sus albores, lo cual ha contribuido a este desbarajuste de lo que se supone que debería ser una ordenada baraja biográfica. Uno de estos escritores es García Pavón, que acaba de publicar su segunda novela, "Ya no es ayer" (Colección Ancora y Delfín, Ed. Destino, Barcelona). La prosa de García Pavón es conocida por su calidad evocadora y por su facilidad para la descripción de estados de ánimo. Aún en novelas con un deje burlón como las de la serie de "Plinio" (al considerar ésta como la segunda novela de García Pavón hacíamos abstracción de esta serie, por sus condiciones peculiares) existen muchas de esas condiciones. Un apego a una tierra, a un paisaje y a unos personajes que han sido algo más que el fondo de su infancia y de su juventud: han sido su primera información sobre las realidades de España y el hombre español. Si su Tomelloso es un microcosmos, es porque García Pavón sabe trascenderlo, o lo ha sentido siempre en sí mismo como una serie de claves de entendimiento.

"Ya no es ayer" busca los recuerdos entre dudas de detalle y certidumbre de las categorías. Recoge los años previos a la guerra civil. El título entraña una nostalgia (está tomado de un verso de Quevedo: "Ya no es ayer, mañana no ha llegado") y una incertidumbre. No es sólo la del autor: es la de toda su generación, o muchas generaciones de españoles, entre un ayer huido, aprehensible sólo en la tortura del recuerdo que se hace impreciso, y doloroso cuando se refiere a personajes y situaciones que ya no están ni estarán, y una mañana continuamente aplazado. ¿Desde cuándo, desde qué siglo, se está aplazando el maña-

na de los españoles? ¿Hasta cuándo?

Buscamos con García Pavón —como lo hemos buscado con Francisco Umbral, autor de uno de los ciclos más sorprendentes de novelas del recuerdo y la busca de la identidad en la infancia perdida— nuestra propia identi-



Francisco García Pavón.

dad, las razones de este "tempo español", de esta vida que al lado de tremendas concreciones y realismos ofrece una continua fantasmagoría que ha fascinado siempre a nuestros escritores.

Y hallamos retazos de nosotros mismos. ■

## Una revista de vanguardia

El estudio global de las revistas poéticas en nuestro país ha sido siempre fragmentario e incompleto, de ahí que haya que celebrar la aparición de ese importante libro de Fanny Rubio: "Las Revistas Poéticas Españolas (1939-1975)" (1), verdadera obra de titanes, que debe ser agradecida por todos aquellos que estamos preocupados por el fenómeno de la poesía y su producción en España.

Concretándose a "La Ilustración poética española e iberoamericana", hoy por hoy uno de los mejores exponentes de lo que quiere ser una vanguardia, quiero sugerir algunas cuestiones, pues ese vanguardismo ha de ser definido y comprendido.

La "vanguardia" y sus producciones no pueden explicarse inmediatamente, de forma mecanista, en términos de clase, o sea en términos políticos, sino

(1) Fanny Rubio: "Las revistas poéticas españolas (1939-1975)", Ediciones Turner.

sólo, por un lado, en términos puramente estéticos, como un complejo articulado de doctrinas, programas y soluciones formales, y, de otro, en términos puramente económicos, en sus condiciones concretas de mercado (2). "La Ilustra" (como la llamamos los amigos) propugna unas posiciones rupturistas y modernas, en su mejor sentido, desde que se dio a conocer, hace más de dos años. El nexo entre vanguardia y mercancia no expresa una relación mecánica de clase, pues aunque la primera esté en el área de la sociedad burguesa, no es una absoluta expresión de ella, sino, por el contrario, en muchos casos, una revuelta contra ella misma. Más o menos con este presupuesto nació la revista, y sus resultados, no siempre equivalentes, están en cada uno de sus números. Pero como los vanguardistas no tienen una conciencia homogénea de la unidad dialéctica cultura política, el poder, siempre atento, aunque no sepa entender estas producciones de la superestructura, ha intentado frenarlas o hacerlas dependientes. Sobre esto último hay clarísimos ejemplos en nuestra posguerra: la subvención, mucho más en un clima represivo y falto de dinamicidad, no suponía sino un freno para cualquier aventura.

También como "aventura" puede entenderse, aunque de forma parcial, la salida al panorama poético de esta revista. Junto a nombres de prestigio: Larrea, A. González, Otero, García Calvo (léase y reléase de este último esa maravilla de la inteligencia y de la luz que publicó en el número 1), "La Ilustra" ha dado cabida a jóvenes que, más o menos conocidos, postulan una poética contra lo vacío de muchos de nuestros "padres" contemporáneos: V. Molina Foix, un cierto Ullán, L. M.ª Panero, J. L. Mata y otros. Aventura y también protesta, que cuestiona, desde el terreno estético, la estructura de las relaciones sociales, bajo los auspicios de unas nuevas perspectivas y con el bagaje, siempre revolucionario, de unas formas lingüísticas innovadoras.

Diversidad, que es riqueza, es otra de las bases en que se sustenta; y ésta heterodoxia necesita un estudio. No hay que olvidar que "las producciones literarias no deben ser estudiadas

(2) Sobre este fenómeno, véase, entre otros, "Por una vanguardia revolucionaria", de Edoardo Sanguineti, Editorial Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires.

desde el punto de vista de su 'unidad' aparente, sino desde su 'diversidad' material" (3). Los presupuestos teóricos en que debe basarse toda poética que busque nuevos caminos están presentes: innovaciones formales, lingüísticas, inquietudes temáticas, soluciones polémicas a la posible coherencia de un discurso "lineal", etc., en los autores que, en gran medida, en ella figuran. Otro dato que es necesario mencionar es el de las traducciones. Frente a la literalidad de algunos, "La Ilustra" ha publicado hermosas versiones que, lejos de la mercantilización que sufre esa terrible tarea, ha mostrado la que probablemente sea "mejor lectura" de algunos autores extranjeros. Así, ciertos poemas de Keats, Baudelaire, Montale y otros. Junto a esto, y para hacer honor a su nombre, la presencia de autores latinoamericanos: Paz, Yurkievich, Barnatán, etc.

Las revistas de poesía han tenido insignes detractores. El maestro Cernuda se preguntaba si su abundancia sería signo de buena salud literaria, y, al mismo tiempo, opinaba que servían para que publicasen "polizontes literarios" que así "pueden entrometer sus versitos". La cara clasista de esta figura indiscutible de nuestra literatura se hacía patente de nuevo. Cernuda no podía admitir, como Lautreamont, que "la poesía debe ser hecha por todos, no por uno"; que pueden publicarse docenas de libros y seguir siendo un "polizonte entrometido"; que hay escritores que por sus relaciones publican hasta los eructos; que el "artista" y su "creación" son términos hueros que sirven para la reproducción de la ideología burguesa como ideología dominante, y que el coto cerrado de la "intelligentzia" española está en clarísima baja forma hoy que, declinando los poderes que sustentaron a muchos, se va recuperando una antigua libertad.

"La Ilustración poética española e iberoamericana" la dirige, desde Madrid, Antonio Martínez Sarrion, "con quien concuerdan" José Esteban y Jesús Munárriz. ■ JORGE ALBERTO MARFIL

## Los gitanos hoy

Es muy frecuente la tendencia de antropólogos y etnólogos

(3) "Sobre la literatura como forma ideológica", de E. Balibar y P. Macherey, en "Para una crítica del fetichismo literario", Akal Editor.



a dedicar su ocupación y preocupación a grupos humanos de los que quedan muy pocos representantes. Yo conocí a un equipo de norteamericanos que se dedicaban a estudiar el lacandón —lengua que hablan, como mucho, doscientas personas, repartidas entre México y Guatemala— con el fin de traducir a esta lengua la Biblia, despreocupándose del hecho de que, además, la mayoría de los lacandones son analfabetos.

España no es una excepción en esta regla. Existen amplias parcelas de nuestra realidad social totalmente ignoradas, en tanto que se desmenuzan fenómenos culturales poco importantes o en vías de desaparición.

En el lado de los más olvidados han estado los gitanos, minoría étnica francamente importante, tanto cuantitativa y cualitativamente como por el hecho de estar presente prácticamente en toda la realidad física de lo que ahora gusta tanto llamar Estado Español. Si bien la figura del gitano es un elemento que se puede encontrar con cierta profusión en nuestra literatura, lo gitano no ha sido estudiado de un modo científico. Tan sólo en los últimos años se han hecho algunos intentos que son, en el mejor de los casos, simple aproximación a la problemática de este grupo socio-cultural, con enfoques (por otro lado) muy subjetivos, cuando no dotados de un gran paternalismo que no estaba exento de una alta dosis de autoconsideración de superioridad y, por consiguiente, de racismo.

Agradadamente, el constante interrogar la realidad social española, que desde hace unos años constituye el empeño de numerosos estudiosos de las ciencias sociales, ha llevado a un grupo de ellos —el equipo GIEMS (1)— a llevar a efecto un trabajo superior al resto de los que han intentado tocar el tema, por su doble condición de: 1) salirse de la simple crónica y reunir todos los requisitos de un estudio científico, y 2) porque tal como hacen observar sus autores, es la búsqueda consciente de los problemas que son problemas para los gitanos y de las soluciones que son soluciones para ellos (2).

(1) Está compuesto por Teresa San Román, antropólogo social; Santiago Lorente, sociólogo; Juan Montes y Pablo Carvajal, urbanistas, y Carmen Garriga, asistente social.

(2) GIEMS, "Gitanos al encuentro de la ciudad: del chalaneo al peonaje". Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976.

Otro de los aciertos de este trabajo es el estar hecho con una perspectiva urbana —toma como objeto de análisis a una muestra de gitanos de Madrid— lo que le da una orientación dinámica, le separa del estereotipo de "gitano = vendedor de burros", y consigue insertarles en el proceso de cambio socioeconómico que está aconteciendo en España. De ahí a que los datos y conclusiones tengan un valor práctico y de inmediata aplicación no hay más que un paso.

En el trabajo se puede apreciar que es el fruto y resumen de otra obra mucho más amplia. El que se haya efectuado esta reducción tiene la ventaja de que con ello se ha construido un libro asequible a todas las personas y a todos los bolsillos, pero se ha privado a los investigadores de un material que, por lo poco que conocemos, debe de ser excelente.

Por último, cabe hacer la reflexión de que un trabajo de esta índole ha tenido que surgir del esfuerzo de un grupo de investigadores que probablemente habrán gastado más esfuerzos en buscar ayudas financieras que en la realización del trabajo en sí, sin que, por suerte o por desgracia, nuestra Universidad haya patrocinado un trabajo que, como éste, debería ser objeto de interés. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

## TEATRO

### Historia de un presidente

He visto el ensayo en una de las salas de la Universidad de Columbia, el centro donde Federico escribió su "Poeta en Nueva York". Si viviera todavía y pudiera volver a sus habitaciones de entonces, se asombraría del avance de la población negra, que ya ha dejado tras de sí la que fuera un día apacible zona universitaria. Allí, Tom O'Horgan, el director de "Hair", presentaba "Warren G. for President", que promete ser uno de los éxitos polémicos de Broadway durante la temporada inmediata.

El espectáculo revela, en definitiva, la presencia de una línea crítica que nunca ha faltado en los mejores espectáculos de O'Horgan; aunque luego el éxito acabe convirtiendo en moda, o en "tema de conversación", lo que fue planteado con una intención bien distinta. Desgracia de la que tal vez escape este "Warren G. for President", por plantear un problema que no admite abstractas universalizaciones. Se habla esta vez de los Estados Unidos, de su sistema político, de sus grandes partidos, de su cultura, a través de un personaje histórico, Warren G. Harding, Presidente de este país en la década del veinte. Obvio decir que el espectáculo se sujeta a esa mezcla de vitalidad y de ironía que es también otra característica de Tom O'Horgan, cuya personalidad —de gran interés dentro del moderno "musical" americano— quedó ampliamente reflejada en una entrevista publicada en estas páginas hace unos meses.

El ensayo que yo he visto tiene detrás muchos días de trabajo. Sin embargo —y pese a que en Nueva York los costos obligan a brevísimos períodos de ensayo—, Tom O'Horgan andaba aún afinando su ritmo, descubriendo sus posibles lagunas, pensando en lo que debía cambiarse y, lo que es muy interesante, solicitando del público estudiantil y de la minoría diariamente invitada una orientadora opinión crítica. Mientras, paralelamente, una serie de hombres del negocio teatral acudían a la sala para decidir su posible asociación a la producción y explotación del espectáculo...

"Warren G. for President" se estrenará en otoño en Broadway. Su presencia coincidirá con el clímax de la próxima campaña electoral. Y llegará al escenario para decirle al público norteamericano, a través de una serie de personajes rigurosamente históricos, que los candidatos a la Presidencia pueden ser gentes elegidas por ciertos intereses que se mantienen en la sombra, actores que se prestan a hacer el papel que esos intereses exigen. El hecho de que Warren G. Harding fuera del Partido Republicano, y que se viera metido en un escándalo político, hace pensar de inmediato en Nixon. Primero, Harding sólo es una máscara disponible, una cara y una voz aprovechables, que llega, entre vacuidades, a la Presidencia. Luego es ya una mezcla

de cínico y de tonto, que procura disfrutar de cuantos márgenes le han dejado sus tutores. Finalmente, cuando se descubren sus trampas y pierde paulatinamente el apoyo de quienes le encumbraron, es ya un hombre aterrizado que no sabe cómo salir del conflicto entre su mediocridad real y la imagen sacralizada de un Presidente. Algunos compañeros optan por el suicidio. Y él muere de un modo misterioso, no se sabe bien si involuntariamente o de un infarto providencial y democrático que le salva de la peripecia con que, medio siglo después, ha pasado Nixon a la Historia.

Ciertamente, la obra podría ser sólo un alegato contra los Presidentes inmorales. Pero es bastante más. Porque lo que el espectáculo lamenta y satiriza son los "valores" que hacen posible la catástrofe, desde la ridiculez de un falso candor puritano al gangsterismo de la práctica política, pasando por una serie de mitos de la vida americana. En última instancia, y este sería el filo más cortante del espectáculo, no es que el "sueño americano" sea traicionado por un sector desaprensivo; lo que sucede, más exactamente, es que ese sueño no tiene ninguna consistencia real, no pasa de ser algo así como un papel de plata envolviendo una castaña. Abrir el bombón, alzar en una mano el papel de plata —las canciones románticas dedicadas al paisaje o los bellos discursos presidenciales— y en la otra la castaña de los grandes intereses económicos y de su encubierta inserción en las bases del sistema sería el procedimiento seguido por O'Horgan y sus colaboradores. Unos colaboradores numerosos, con rigurosa distribución del trabajo, tal y como corresponde a este tipo de espectáculo.

La localización de la acción en los años veinte facilita la concepción de la música. Son ritmos y melodías de entonces, reelaborados ahora con un inequívoco matiz irónico. Lo que no deja de ser otro acierto frente a tanta nostalgia —y en Estados Unidos la hay en abundancia— del pasado. Porque, a fin de cuentas, si Nixon, y cuanto su Presidencia significa, ha existido en los 70, es porque fue posible que Warren G. Harding lo fuera a su vez en los años veinte. O'Horgan presenta el ayer y el presente a la hora en que tantos americanos elegirán —o creerán que elegirán— su futuro. ■ JOSE MONLEON.